

ma provincia de Guanajuato. Quedó su casa en estado de quiebra á la muerte de su padre, pero el dependiente y albacea de este, D. Domingo Berrio, español tambien, habiendo manifestado á los acreedores fraccamente el estado de la casa, y ofreciéndoles pagarles, por la confianza que les merecia, le dejaron en el giro de ella que siguió por algunos años, en los cuales no solo cubrió todas las deudas y mantuvo decorosamente á la familia, sino que entregó á D. Ignacio y á sus hermanos D. Domingo que murió antes de la revolucion, y D. José María que no tomó parte en ella, no un caudal cuantioso, pero sí bienes suficientes para subsistir honrosamente. D. Ignacio estuvo casado con una Sra. Fuentes y era capitán en el regimiento de caballería de milicias de la reina, cuya demarcacion era San Miguel, siendo entónces mas apreciados estos empleos subalternos en los cuerpos provinciales, que lo que ahora lo son los mas altos grados en el ejército: estuvo en el canton de San Luis á las órdenes de Calleja en tiempo del virey Marquina, y concurrió al que se formó por Iturrigaray en Jalpa, en el que se distinguió en todos los ejercicios militares, mereciendo la aprobacion de este virey: tenia de 35 á 40 años, era de hermosa presencia, muy diestro á caballo y en todas las suertes de torear y otras del campo, de cuyas resultas tenia estropeado el bazo izquierdo, resuelto, precipitado, de valor, muy inclinado al juego y á las mugeres y á toda clase de disipaciones.»

D. Juan Aldama era capitán del mismo cuerpo, y tambien vecino de San Miguel: su hermano el Lic. D. Ignacio, que tomó parte en la revolucion despues de comenzada esta, habia abandonado la abogacia que era en aquel tiempo poco productiva en las poblaciones del interior del país, para dedicarse al comercio en el qué fomentado por los españoles D. Juan de Isaías y D. José Landeta, del mismo San Miguel, con su honradez y laboriosidad habia lo-

grado formar un capital de 40,000 pesos. D. Juan de mas madurez y prudencia que sus compañeros, conocia el peligro, veia el mal, pero una vez lanzado á la revolucion, siguió á su pesar el impulso que á esta se le dió, y contribuyó á causar todas las desgracias que no tenia poder para evitar.»

«El mas jóven é inexperto de los conspiradores era D. Mariano Abasolo, capitán del mismo regimiento de la reina y vecino de Dolores: tenia 27 años y habia heredado de su padre un capital considerable, al que habia agregado el de su esposa D<sup>a</sup> María Manuela Taboada, con quien hacia poco tiempo habia casado, siendo esta, heredera de un rico español de Chamacuero. Abasolo pretendió en su causa no haber tenido conocimiento de la conspiracion hasta despues de hecha la revolucion, y el papel poco distinguido que en ella hizo, prueba por lo menos que sus compañeros lo tenian por muy insignificante: lo conducia el influjo de Allende con quien tenia amistad, al que se contraponia el de su esposa, constantemente opuesta á la revolucion y empeñada en apartarlo de ella» [4]

## CAPITULO II.

### Primeros movimientos del Cura Hidalgo y medios que se adoptaron para contener la Revolucion.

Con la gente que se reunió con Hidalgo y los primeros gefes, se procedió á poner presos á los españoles que residian en Dolores, sin eceptuar á Rincon y á Cortina, en cuya casa hasta la noche anterior habia tenido el cura la

4 Alaman Hist. de México lib 2.º cap. 1.º

costumbre de concurrir á formar su partida de malilla, que era la diversion favorita en las tertulias de aquel tiempo. Cuando el pueblo fué advirtiendo el movimiento que se habia obrado y que su párroco se hallaba á la cabeza, empezó á unirse, estimulados por el deseo de posesionarse de las riquezas de los que ponian presos, como sucedió efectivamente, que muchas casas fueron completamente saqueadas. Este paso, tan contrario á la moral y que debia de ser de funestas consecuencias en el órden político, atrajo muchos partidarios al naciente partido; pero lejos de ser esto de una utilidad positiva, no hizo sino aglomerar el desórden en aquellas confusas masas, y lisonjear innobles pasiones, á la sombra de aquella multitud desorganizada y de unos gefes poco cautos en asegurar el fin de una grandiosa empresa.

El cura Hidalgo, hizo saber al pueblo ya reunido, que el objeto de aquel movimiento no era otro, que quitar el mando á los europeos que querian entregar el país á los franceses; por lo cual se invitaba á todos para que cooperaran á este fin, conservando el mando supremo al legítimo soberano que era Fernando VII. De aquí sin duda infieren algunos, que Hidalgo no proclamó la independencia del país; pero lo que parece mas probable es: que no teniendo concertado un plan que se debiera seguir, y para lisonjear algunos ánimos inexpertos con esta efimera idea de legalidad, se quiso tomar como bandera provisional el nombre del soberano español. En la historia de otros pueblos y en la moderna de nosotros, tenemos repetidos ejemplos de que alguno que pretende derrocar un gobierno, siempre invoca en su primer grito, alguno de los principios en que se apoya la administracion combatida, y no con otro fin que halagar el amor propio de los mismos que la sostienen, atrayéndolos con este cebo. No encuentro yo pues, en este procedimiento de Hidalgo la inconsecuencia que algunos quie-

ren suponer, proclamando como legítimos los derechos de Fernando VII, esto no era mas de un juego político de que los promotores de la independencia se habrian descartado en el momento que hubieran querido: ¡plugiera al cielo, que lo mismo hubiera sucedido con el torbellino de pasiones populares que horriblemente desencadenaron empujando á la multitud á la mas completa inmoralidad! pero el pueblo que aprendió los primeros rudimentos de su libertad en la escuela del robo y del asesinato, no podia menos que corromper sus elementos vitales y despues de algunos dias de una existencia lánguida, caer en el abismo de la anarquía.

Fuera de la multitud, que se habia reunido con el cura Hidalgo estimulada mas bien por la curiosidad en unos, y por el deseo del robo en otros, la fuerza con que podia contar ascendia á unos trescientos; y con ellos salió con direccion á San Miguel el grande, pueblo natal de Aldama y Allende. En el camino, su ejército iba engrosando con innumerable gente de las fincas de campo que estaban á su paso, y con muchos vecinos de los pueblos indígenas inmediatos; y todavía fué mayor este aumento cuando Hidalgo tuvo la ocurrencia de amalgamar la idea de la religion, con la del libertinage que prácticamente iba planteando, pues al pasar por la hacienda de Atotonilco, vió en su hermoso santuario un cuadro de la Virgen María de Guadalupe, tierno objeto de veneracion para los mexicanos, y mandó ponerlo en la asta de una lanza, para que bajo aquel sagrado estandarte se unieran los pueblos á conseguir su independencia. La idea, correspondió á sus esperanzas; y pronto vió aumentarse considerablemente las masas indisciplinadas con que iba formando su ejército. Conforme con el sagrado objeto que formaba el estandarte, fué la inscripcion que se puso en las banderas. «Viva la religion, Viva nuestra Madre Santísima de Guadalupe. Viva Fernando VII. Viva la América y muera el

mal gobierno» pero el pueblo que se agolpaba á seguir esta bandera, dice D. Lucas Alaman, simplificaba la inscripcion y el efecto de ella gritando solamente «Viva la Virgen de Guadalupe y mueran los gachupines»; Reunion monstruosa de la religion con el asesinato y el saqueo; grito de muerte y de desolacion, que habiéndolo oido mil y mil veces en los primeros dias de mi juventud, despues de tantos años resuena todavía en mis oidos con un eco pavoroso!»

En la noche de ese mismo dia 16 entró Hidalgo con sus compañeros á San Miguel el Grande, donde por el instigo de los capitanes Allende y Aldama, se les unió la mayor parte del regimiento de la reina, y mucha gente del pueblo. Los españoles que habia en aquella ciudad fueron puestos presos y sus casas entregadas á la rapacidad de una muchedumbre, que por su estado de ignorancia y abatimiento estaba tan propensa al desorden. El paso tan criminal como impolítico de ir poniendo en prision á los españoles como si cada individuo fuera responsable de la conducta de su gobierno, así como el injustificable de permitir el saqueo de sus casas, estaba muy conforme con los desarreglados instintos de un pueblo que camina ciego por el abismo de su perdicion; pero es altamente deshonoroso para un gefe que se pone al frente de un movimiento de tal importancia como el que lleva por fin independer á una nacion: ¡y ojalá, y todo el mal que entrañaba una conducta semejante, hubiera recaido en imponer una mancha en la frente de sus autores! ¡pero sus consecuencias pasaron á la siguiente generacion, como una pestífera fiebre que emponzoñaba su existencia. Aquel acto bastó para arrancar las compresas de la pública desmoralizacion, que no ha podido contenerse con mas de cincuenta años de sufrimientos para un pueblo desgraciado: allí se rasgaron los lazos de fraternidad, y desde

entónces un odio profundo inoculado hasta en el hogar doméstico, divide al corazon del esposo del de su esposa, levanta un helado muro entre el pecho de los hermanos, y arma el brazo del hijo contra el padre y el de este contra el objeto de su cariño; y aquel funesto principio puesto en planta prácticamente, fué la simiente fecunda del torrente de doctrinas inmorales, que mas tarde bajo bellas frases y seductores nombres debia amargar nuestra existencia y corroer las entrañas de nuestra madre.

En San Miguel contrataron una cantidad de pólvora destinada de México para las minas de Guanajuato, y la tomaron para municionar su ejército, el cual aumentó considerablemente porque halagadas las pasiones con el triple estímulo de la religion, la libertad de la nacion y el robo en las fortunas de los europeos, se hacian muchos prosélitos para la nueva causa.

De allí salió Hidalgo rodeando la sierra, siguiendo en todas partes la misma conducta para atraer en pos de sí la muchedumbre, que bien presto se contó á millares, llevando los mas una imagen de Guadalupe prendida al sombrero en una banderola formada con su pañuelo: al pasar por Chamacuero se juntó el cura con la collera de españoles que se llevaban presos hasta en número de setenta y ocho; y el miércoles 19 de Setiembre, el ejército de la independencia, se presentó al frente de Celaya, una de las mas importantes ciudades del bajío. El ejército era numeroso; pero fuera de algunas compañías del regimiento de Celaya, lo demas era una muchedumbre desorganizada y en su mayor parte sin armas: la caballería la formaban los sirvientes de las haciendas de campo; y la infantería, las cuadrillas de indios que al mando de los gobernadores y autoridades de sus pueblos, concurrían á engrosar aquella cruzada, digna del mejor éxito porque su causa era la mas justa, aunque los medios que se iban

poniendo en juego la rodeaban de gran desprestigio. Los gefes temieron, que en Celaya se les opusiera alguna resistencia, por ser lugar donde residian muchos europeos y en el habia una buena parte del regimiento provincial de infanteria, al mando de su coronel D. Manuel Fernandez Solano; y por esta causa antes de entrar se dirigió al ayuntamiento una intimacion para que entregaran la ciudad y cuya copia agregada al espediente formado de los partes de Querétaro, es como sigue. "Nos hemos acercado á esta ciudad, con el objeto de asegurar las personas de todos los españoles europeos: si se entregasen á discrecion serán tratadas sus personas con humanidad, pero si por el contrario, se hiciere resistencia por su parte y se mandare dar fuego contra nosotros, se tratarán con todo el rigor que corresponda á su resistencia: esperamos pronto la respuesta para proceder. Dios guarde á vdes. muchos años. Campo de batalla; Setiembre 19 de 1810.—Miguel Hidalgo.—Ignacio Allende.—P. D. En el mismo momento en que se mande dar fuego contra nuestra gente, serán degollados setenta y ocho europeos que tenemos á nuestra disposicion.—Hidalgo.—Allende.—Señores del Ayuntamiento de Celaya.

Los europeos residentes en aquella ciudad no creyeron prudente ni esperar ni oponerse, y salieron con el subdelegado Duro y el coronel Solano para Querétaro: y al dia siguiente hizo el ejército su entrada solemne en Celaya: yendo primero Hidalgo con el estandarte de la Virgen de Guadalupe y acompañado de Allende, Aldama y los demas gefes principales de la insurreccion: seguia despues la música del regimiento de la reina y cinco dragones rodeando á un oficial que portaba el retrato de Fernando VII; y despues una gran columna de todos los grupos de gente que formaban el ejército americano. Esta marcha triunfal y pacífica con que se tomaba posesion de aquella

ciudad, no la libertó de los horrores del saqueo, pues apenas Hidalgo tomó posesion de su alojamiento, cuando su gente se esparció por la ciudad robando las casas de los europeos, mientras la tropa regular se empleaba en sacar el dinero que los españoles no pudiendo llevarlo consigo, habian dejado oculto en el convento del Cármen. Aldama, que veía con disgusto el desórden con que caminaban y que preveía las funestas consecuencias de aquel irregular proceder, quería se pusiese remedio; pero el cura Hidalgo contestó: que él no sabia otro modo de hacerse de partidarios y que si Aldama lo tenia se lo propusiese: Esto no solo daba pábulo á las pasiones desenfrenadas del pueblo, sino que creaba resentimientos entre los gefes principales, que debian serles de fatal resultado así á ellos como á la nacion.

El dia siguiente convocó Hidalgo una junta de vecinos, á la que asistieron los miembros del ayuntamiento que por ser americanos se habian quedado en la ciudad, y el subdelegado D. Carlos Camargo, que fué nombrado en sustitucion del español Duro, que habia marchado para Querétaro. Todos los gefes concurrieron á esta junta en la que Hidalgo espuso el plan que se habian propuesto de espulsar á todos los europeos, no permitiendo la permanencia de ellos en el pais, y solo recibir al monarca en caso que se presentase. En aquella junta fué confirmado el cura D. Miguel Hidalgo, en el mando supremo del ejército, que hasta allí solo habia desempeñado por la consideracion que le guardaban sus compañeros atendiendo á su edad, su saber y la preeminencia de su carácter; fué reconocido con el título de general de los ejércitos americanos: á Allende se concedió el de teniente general, y otros títulos inferiores fueron concedidos á los primeros gefes. Concluido el objeto de la junta, la comitiva recorrió las calles, llevando el cura generalísimo, el cuadro de la Virgen

de Guadalupe, terminando todo con un discurso, que él mismo dirigió al pueblo desde el balcon de su casa de alojamiento. De allí pensaba pasar á Querétaro; pero considerando tal vez que la guarnicion que habia en aquella plaza seria capáz de defenderla, contramarchó por el bajío para posesionarse de la ciudad de Guanajuato, habiendo engrosado su ejército con parte del pueblo de Celaya, algunas compañías del regimiento de aquella ciudad, y acompañado tambien del capitán Arias, que puesto libre en Querétaro fué á unirse con los insurgentes, aunque no hicieron de él mucha confianza por el doble papel que habia representado.

El intendente de Guanajuato D. Juan Antonio de Riaño, tuvo conocimiento de lo ocurrido en Dolores, desde la mañana del 18 de Setiembre, por aviso que le mandó de la hacienda de San Juan de los Llanos del partido de San Felipe, el español D. Francisco Iriarte. Luego que Riaño recibió este aviso, reunió á los soldados que estaban de guardia en las casas reales y mandó tocar generala, con lo cual se alarmó todo el vecindario, y concurrieron á la intendencia, así los soldados del batallon provincial como todos los vecinos armados segun pudieron en el acto. El intendente mandó que fueran al cuartel los soldados del batallon provincial y los vecinos armados que habian ocurrido perteneciendo á la clase decente, y que la plebe volviera á sus casas, á esperar el momento en que fuera necesaria su cooperacion.

En la tarde de aquel mismo dia el intendente reunió en junta al ayuntamiento, los prelados de las religiones y demas vecinos principales: allí dió cuenta de los informes que habia recibido de lo ocurrido en Dolores y la probabilidad que habia de que los insurrectos marcharan luego sobre aquella ciudad por ser la capital de la provincia; y por un siniestro presentimiento concluyó diciendo que den-

tro de algunas horas rodaria su cabeza por las calles de la ciudad. Berzabal, mayor del regimiento provincial, propuso y fué apoyado por algunos individuos de la junta, que el intendente saliera con la fuerza que habia en la ciudad, para atacar sin pérdida de tiempo á los insurgentes, que aun no debian ser en gran número y contarian con pocos recursos. El consejo era acertado y tal vez este hubiera sido fatal para ahogar en su cuna los primeros movimientos de independendencia, pero Riaño, como él mismo lo habia sentido tocaba á su fin, y segun ha dicho uno de nuestros escritores contemporaneos, todo es fatídico cuando se acerca el último momento. La opinion de Berzabal fué despreciada por no saberse el número de gente y calidad de los recursos con que contara el cura de Dolores, y resolvió esperar y defenderse dentro de la ciudad, para lo cual se mandaron cerrar las calles con parapetos y fosos, formando un recinto con la parte principal de la ciudad. Al batallon de infantería, se unieron los vecinos armados que se presentaban para la defensa: se reconcentraron los escuadrones del regimiento de la caballería del Príncipe que estaban en los pueblos inmediatos; y mandó propios á las plazas de San Luis Potosí y Guadalajara, encareciendo su angustiada situacion y pidiendo prontos auxilios.

En la madrugada del dia 20 y cuando Hidalgo estaba con su ejército en Celaya como hemos visto, la avanzada que observaba el camino de la Cañada de Marfil, creyó que avanzaba por aquel lugar, y comunicando el aviso á la plaza, se dió el toque de generala, al cual ocurrió la poblacion en masa y Riaño se dispuso para salir á batir al enemigo. Este no venia en realidad, pero como el intendente observó que el pueblo sin embargo de haberse reunido, mas disposicion manifestaba por abrazar el partido de la independendencia, ya no quiso fiarse en su auxilio, y